

MITOS Y CARENCIAS DE LA DEMOCRACIA COSTARRICENSE

Mayra Romero

Resumen

El carácter de la economía costarricense basada en lo fundamental en una estructura de pequeña propiedad fue el origen de una concepción mítica de igualdad social y de participación democrática en la sociedad costarricense. Desmistificar el idealismo igualitario y luchar por una sociedad verdaderamente equitativa y justa, es la tarea de quienes en diversos ámbitos de la vida civil, pueden aportar sus conocimientos para buscar soluciones en pro del bien común.

I. ESTRUCTURA ECONOMICA Y DEMOCRACIA PARTICIPATIVA

Mucho se ha hablado de la democracia costarricense. Se pueden consultar al menos, sin dificultad, una docena de obras concernientes a este pequeño país que desde muy temprano en su historia política supo poner a funcionar un sistema político donde la mayoría de sus ciudadanos podían participar en el desarrollo de una serie de valores cívicos y culturales que han sido la base para la definición de los derechos fundamentales de todos sus miembros.

Un análisis "frío" concluiría que la democracia costarricense se ha desarrollado desde hace más de cien años, como se ha dicho recientemente, de una manera eficaz. Una vida tranquila, sin conflictos, pacífica, donde sus

Abstract

The nature of costarrican economy, mainly based on a small property structure, was the origin of a mythical conception of social equality and democratic participation in the costarrican society. Try to stop the myth of equality idealism and struggle for a really equitable and fair society, is the task of those who in diverse fields of civil life, can contribute with their knowledge to find solutions to support a common well-being.

ciudadanos escogen todos, cada cuatro años, a su presidente, a lo largo de una "fiesta cívica": esta es la imagen bastante idealizada que se ha generado a la conciencia colectiva del pueblo y ha sido la carta de presentación al mundo exterior, y que hoy es utilizada para la atracción turística, como nueva mercancía que tenemos para la exportación.

Los costarricenses estamos muy acostumbrados a reproducir valores y estereotipos que nos hacen creer que vivimos en la tierra de jauja. Nuestra historia se ha desarrollado y crecido en función de halagadoras premisas de las que partimos para creernos democráticos, cultos, pacíficos; diferentes del resto de los pueblos vecinos. Somos un país libre, donde se respetan derechos y decimos verdades. Todo eso y más, nos caracteriza y de verdad creemos que somos así. Con esos valores y

estereotipos hemos venido reproduciendo una sociedad que hace muchos años dejó de ser la Costa Rica que imaginamos o quizá nunca lo hemos sido, pues a este país siempre lo han manejado, a su antojo, los que han tenido el sagrado privilegio de gobernar.

Desde luego, hay causas históricas y estructurales que dan el sustrato para construir un esquema participativo, basado en la existencia de un modelo económico donde sobresale la pequeña propiedad.

La primera cosa que debe señalarse es que eso ha reforzado una lógica de interdependencia tradicional en la cual los pequeños y grandes productores se han organizado en torno a la producción del café, como el principal producto de exportación del país al mercado internacional.

Sabemos que luego, de enormes esfuerzos por encontrar un sitio en ese mercado internacional, fue el café el que permitió la transformación de aquella república que marcaría una forma diferente de organización política con respecto al resto de los países del Istmo.

Ciertamente, alrededor de esta economía de pequeña propiedad, se construyó un sistema de organización social y política donde la burguesía tradicional no encontró ningún problema por mantener su situación dominante.

La mayor parte de los pequeños *productores* fueron propietarios parceleros y contribuyeron a la *producción* de café, al lado de la clase dominante, constituidos en grandes exportadores quienes organizaban el conjunto de la *producción*. Este ha sido el principal motor para señalar desde una perspectiva tenaz, a una Costa Rica donde la mayoría de quienes siembran café son dueños de la tierra, lo cual sigue siendo cierto si se observan los datos estadísticos más recientes.

Sin embargo, un análisis crítico más cercano, hace ver que la sola presencia de la categoría que señala la propiedad de la tierra, no asegura una buena redistribución de los recursos. Es así como, en el caso que nos ocupa, aparece desde los comienzos una diferenciación social profunda, a partir del momento en que el café deviene el producto de articulación al mercado mundial (Gudmundson, 1981).

Por otra parte, se sabe que el esquema que fue impuesto correspondía exactamente a

las formas capitalistas de producción basadas en la explotación de los recursos humanos y materiales ligados a la agricultura (Vega Carballo, 1975). Es decir, bajo este esquema debían existir las contradicciones propias de una economía fundamentada en la explotación de la fuerza de trabajo, lo cual generaba pobreza y desaliento a gran número de pequeños productores que fueron el origen de un importante movimiento migratorio a diferentes regiones del país.

Aunque este esquema no correspondiera al modelo clásico de acumulación originaria, tal como señala el profesor Vega Carballo, hay sin embargo una particularidad a mencionar: la clase dominante, definida como una burguesía agroexportadora, desarrolló una gran habilidad para saber conducir una serie de mecanismos que mantuviesen un cierto equilibrio entre ella y las clases subordinadas. Este hecho ha sido quizá el arma ideológica más sutil e importante en manos de la burguesía, pues supieron manejar el poder de una manera particular, otorgando beneficios y prebendas que luego pasan a concretarse en lo que se conoce como el "clientelismo político", más evidente quizá en los últimos 40 años de la vida nacional.

De hecho se creó un mecanismo ideológico que permitió a todas las clases sentirse igualmente incluídas en el orden de las relaciones políticas, económicas y sociales en la formación social costarricense. Eso que parece poco evidente, se expresa en todas las circunstancias de la vida cotidiana. Midiendo de cerca los diferentes comportamientos de los grupos sociales, una ideología de esta naturaleza parece estar bien incorporada cuando se escuchan las expresiones de pequeños productores; ellos no consideran que las limitaciones que tienen para su realización son el producto de las relaciones establecidas, sino que obedecen a factores ajenos a su relación con los grandes productores; estos pueden ser sus vecinos y miembros de una colectividad que comparten; a quienes incluso les deben favores cuando se les ayuda a superar problemas en caso de malas cosechas o baja de precios; en algunos casos son sus propios patrones quienes les aseguran una ocupación complementaria cuando la situación hace crisis en su propia actividad (Romero, 1983).

Si se analiza una visión del mundo de esta naturaleza, se puede ver claramente la ausencia absoluta de contradicciones dentro de una perspectiva de lucha social. Se inscribe más bien la estela de la igualdad.

Hay que tener en cuenta que la lógica de funcionamiento del campesino está ligada a la condición de propietario, en donde se tiene una cierta independencia que le permite llevar a cabo sus actividades según sus propias posibilidades, utilizando su fuerza de trabajo familiar donde todos los miembros forman parte de la unidad productiva. A medida que una gran parte de la población campesina es propietaria de la tierra y controla sus condiciones materiales de existencia, la ideología igualitaria puede extenderse y fortalecerse, favoreciendo a la clase dominante. Así se desprende de la encuesta realizada ante campesinos de Acosta en que se constata que estos trabajadores no sienten haber percibido que su situación de pobreza sea atribuida a las relaciones de subordinación inherentes al sistema (Romero, 1983).

Es necesario insistir sobre el hecho que los pequeños productores campesinos perciben más bien una relación de ayuda mutua.

Puede sostenerse, sin embargo, que una lógica de explicación en ese sentido resulta de las reglas normales del juego político en manos de la burguesía que ha sabido controlar una situación que asegura sus intereses particulares, mostrando que los intereses generales están sobre los intereses particulares.

Eso permite perpetuar la condición de subordinación donde los campesinos se alejan de la posibilidad del hacer frente al proceso de deterioro social que se agrava actualmente, dentro del contexto de las nuevas condiciones de las relaciones de producción.

II. LOS EFECTOS DE LA IDEOLOGIA DE LA IGUALDAD

En los últimos años, la sociedad costarricense muestra, a diversos niveles, las transformaciones sufridas por los nuevos enfoques de la economía mundial. Siendo un país ligado al mercado internacional, obviamente no puede estar ajeno a las condiciones impuestas por los organismos extranjeros o a los movimientos

internos de las fuerzas sociales que pugnan hacia nuevas formas de relación social. Pero estas nuevas relaciones han llevado a una existencia precaria a importantes capas de población que sin embargo, siguen mostrando la imagen de una gran igualdad. Es difícil mostrar el verdadero carácter contradictorio de una sociedad que ha sido impregnada de ese valor fundamental para la conciencia colectiva: la paz y la libertad es lo que hace a Costa Rica diferente de otros pueblos; incluso de nuestros hermanos centroamericanos.

Pero esta concepción de sociedad no existe en abstracto; hay que reconocer que las clases dominantes que se expresan en un sistema institucional (educación, familia, iglesia, comunidad) no tuvieron necesidad de utilizar las fuerzas represivas puesto que la estructura ideológica les ha permitido elaborar un trabajo sistemático por asegurar una sociedad armoniosa y equilibrada, al margen de todas las contradicciones existentes, a través de las instituciones se han transmitido el buen sentido de una sociedad sin conflictos; nadie desconoce el prestigio que califica al país en ámbitos internacionales por esta concepción, que al criterio de muchos es la base de la democracia costarricense.

Si en el medio rural la ideología igualitaria funciona sin mayores problemas, no escapa tampoco a este fenómeno los otros sectores de la población. Es decir sectores medios, asalariados, obreros y en algunos casos los intelectuales; la situación apenas cambia en sentido cuantitativo, pues en su gran mayoría se apoyan en una especie de consenso entre estos sectores y quienes tienen el poder en el contexto de un espacio político que ofrece alternativas de participación a través de lo que se ha llamado el clientelismo político tal como lo define el profesor Vega Carballo (1983).

La táctica de la dominación por este clientelismo ha sido utilizado para disminuir o en algunos casos desarticular el conflicto entre las clases; esta acción reduce las relaciones a simples choques entre personas y controversias de carácter político en lucha por el poder (Vega, 1983). De tales conflictos no se observan formas de acción que definan alternativas viables para solucionar los grandes problemas por medio de un proyecto político que involucre

intereses concretos de los sectores mayoritarios.

Al parecer, los efectos de esta ideología de la igualdad favorece a los sectores mayoritarios en tanto que como sectores subordinados aprovechan el papel de "clientes" obedientes que en muchos casos ocupan posiciones privilegiadas en la administración pública, las organizaciones de base ligadas a los partidos mayoritarios; los grupos locales y nacionales son la fuente permanente de este clientelismo político que no cesa de causar efectos negativos, pues muchas veces esta es la base de la corrupción. Por otra parte, esto puede ser un obstáculo a la formación de partidos o de movimientos ligados a los intereses de los sectores populares, quienes en última instancia se ven ayunos de posibilidades para el ejercicio de una participación más democrática. A esto contribuye la crisis que se vive desde la década de los 80's a partir de la cual se desencadenó un proceso de empobrecimiento, dadas las medidas de ajuste estructural que han sido las que rigen el funcionamiento de la economía del país. A partir de entonces las posibilidades de participación popular han sido prácticamente nulas.

III. CLIENTELISMO POLITICO Y MODERNIZACION

Recordemos aquí que este fenómeno del clientelismo ha sido reforzado después de 1950, en el momento en que la política de modernización se puso en marcha. En ese momento se vio nacer un enorme abanico de posibilidades que los ideólogos de la época consideraban como el camino hacia el desarrollo, entendido éste como la puerta ancha para el crecimiento económico donde sin lugar a dudas, muchos sectores no podrían participar. Dadas las circunstancias de la recién pasada crisis política de 1948, la burguesía tradicional debió compartir su poder con los nuevos sectores en ascenso. Con esos antecedentes, la relación de fuerzas cambió puesto que la nuevas fuerzas sociales estaban impregnadas del espíritu modernizante que a la época caracterizaba a toda América Latina. Eso significa, a nivel institucional, una ampliación de las estructuras productivas para crear un espacio

que abría campos de acción donde los nuevos agentes en el poder podrían hacer sus inversiones.

La puesta en marcha de un proyecto de modernización caracterizado en lo fundamental por la aplicación de la tecnología a la lógica del capital (producción, organización y consumo) significa también reforzar el esquema democrático liberal del cual su resultado es visible: los sectores medios se vieron favorecidos sobre la escena sociopolítica, productiva y redistributiva (Garnier y otros, 1991).

En efecto, buen número de intelectuales y de profesores, obreros, campesinos y asalariados en general, fueron integrados a la nueva estructura del poder, a pesar de la existencia de una clase dominante que siempre ha controlado las estructuras del poder.

Pero los cuadros administrativos que debían poner en marcha la política de modernización provenían en su gran mayoría de estos sectores medios. Además, los organismos de los partidos funcionaban bajo la lógica del clientelismo como se ha explicado anteriormente. La puesta en marcha de este proyecto modernizante tuvo sobre todo buenos resultados para aquellos que participaban del poder, sea a nivel institucional, sea a nivel del sector privado. En un modelo de esta naturaleza, hay siempre una mezcla de intereses entre lo público y lo privado, es decir, que los funcionarios del Estado pueden también participar dentro del sector económico o productivo. No hay duda que en las modalidades de participación, ambos sectores se beneficiaron altamente con el apoyo que provenía del Estado desarrollista.

Por otra parte, desde una perspectiva más crítica, al apogeo de la modernización duró más o menos, 20 años al cabo de los cuales las transformaciones en las diversas estructuras del país son reconocibles hoy: hubo cambios imprevisibles en términos de la concentración de los recursos, de la propiedad de la tierra cultivable, del aparato del Estado; en fin, se ha visto una explosión de lo que significa un proyecto cada vez más exclusivista al servicio de sectores privilegiados, en coalición permanente con las burguesías internas y externas por la vía de las inversiones, en todos los ámbitos de la producción agrícola, financiera e industrial. Para tales efectos sociales, no es importante

hacer la diferencia entre sectores, pues lo cierto es que el modelo de crecimiento actual tiene un resultado común: empobrecimiento generalizado de la población.

Casi cuarenta años han pasado, y el modelo democrático se ha visto sacudido por los efectos de la incongruencia entre el crecimiento económico y el desarrollo social. Si bien es cierto que durante estos treinta años se privilegió una sociedad de amplia participación, se alcanzó un nivel de vida fuera de lo común en otros países subdesarrollados; se contó con un sistema de salud comparable con países de mayor desarrollo; y se podía jactar de un sistema educacional que dio acceso a un enorme sector de la población joven para su preparación técnica y profesional; la situación actual refleja un claro retroceso y una pérdida absoluta de las oportunidades para esos mismos sectores que en décadas pasadas, se quiso favorecer.

De hecho, la pobreza del país se hace evidente tan solo con hacer cortos recorridos por las principales avenidas de San José o cualquier otro centro urbano. Pareciera que los costarricenses nos negamos a aceptar la idea de que hemos caído en un profundo precipicio de miseria, cuya hondura no la podemos predecir, pues escapa a toda proyección de lo que está sucediendo en el país.

Somos un país pobre; amenazados por la tragedia del hambre. Más de un 30% de la PEA ocupa el sector informal en este país; y estar en el sector informal es hacer cualquier cosa para no morir de hambre; cerca del 70% de los asalariados no satisfacen las necesidades básicas y la escala de miseria aun continúa golpeando con mayor fuerza a miles de hogares costarricenses.

Estamos viviendo una ola desenfundada de aumentos hasta del 50% en algunos productos básicos y de servicios públicos que no son más que el comienzo de aumentos aun mayores, aunque se insiste en convencer a la población que el país ha progresado. El deterioro generalizado de los sectores asalariados, se obtiene de las encuestas de hogares. Las últimas referencias dan cuenta del estado actual de la pobreza costarricense en que cerca de un 37% de la población se encuentra viviendo en situaciones de extrema pobreza (Garnier y otros, 1991).

Sin embargo, en algunas oportunidades, los jerarcas estatales dan lecciones de moral calvinista pues advierten sobre la necesidad de ser ahorrativos. Se recomienda que hay que "poner los pies en la tierra" para disminuir la expansión del Producto Interno Bruto y el nivel de gasto de los costarricenses. Hay que dejar de vivir de fiado *pues lo conveniente es vivir con nuestros propios recursos, con lo que nosotros mismos podemos acumular trabajando y ahorrando* según decía Jorge Guardia, Presidente del Banco Central, en la prensa nacional (*La Nación*, 26-8-91). Estas declaraciones dejan perplejos a muchos, pues no se sabe a quienes se recomienda tal capacidad de ahorro.

IV. INDIFERENCIA SOCIAL O COMPROMISO COLECTIVO

Quizá uno de los efectos sociales más evidentes de las transformaciones actuales es la forma paulatina en que los sectores más pobres han ido perdiendo su poder adquisitivo y cayendo en los niveles de deterioro, sin que se tenga cuenta del valor de la organización; no toman los derechos que se han ido perdiendo; de hecho, los sectores mayoritarios de este país quedan al descubierto de toda protección cuando los mecanismos viables para fortalecer y desarrollar un sentido solidario, se muestran incapaces de enfrentar la situación de deterioro por la que atraviesan estas mayorías. Como hechos aislados aparecen sindicatos y organizaciones populares reivindicando intereses grupales, pero sin contar con un proyecto de carácter colectivo cuyos objetos se orientan hacia la acción generalizada de lucha frente a las políticas que rigen en el nuevo ordenamiento económico.

Las mayorías de hoy luchan por sobrevivir y esta necesidad primaria se convierte en un círculo vicioso que agudiza las desigualdades sociales, focaliza los beneficios de la riqueza social en grupos cada vez más reducidos y aleja las posibilidades de organización social. Quienes dirigen el país no consideran que la pérdida de participación a los beneficios sociales de los años anteriores es quizá el mayor peligro a que se expone la democracia social, pues es un hecho que hay marcadas

reducciones en los estilos de vida del costarricense a causa del debilitamiento sufrido en toda la esfera de la política social. El antagonismo existente entre el desarrollo económico y el desarrollo social, genera a la vez, una actitud muy particular que llama la atención sobre los acontecimientos ocurridos en la esfera de lo que podría llamarse el espíritu colectivo de una comunidad. Se observa en la estructura psicológica del costarricense un cierto criterio de "no meterse con nadie" para que no se metan con uno" (M., Mario, entrevista) pero en el núcleo de esta actitud está presente la indiferencia de lo que ocurre socialmente; existe una cierta apatía o desgano por emprender acciones colectivas; el no interesarse por los problemas del vecino, es en pequeña escala lo que sucede a nivel global: el deterioro social y económico que se vive actualmente no se cuestiona ni se analiza y se dejan correr las aguas de la desesperación de forma individual.

El poco apoyo a las recientes salidas de sindicatos en actos de carácter solidario, son el reflejo de que algo muy profundo está ocurriendo pues no se muestra ni la fuerza combativa ni planteamientos precisos para manifestar al menos los gérmenes de una lucha reivindicativa conforme a la situación de crisis actual.

Ni en momentos de más estabilidad se dio tanto desgano e indiferencia por la lucha social. Los efectos sociales se concentran en la falta absoluta de ingresos para satisfacer las necesidades básicas; en el aumento de la población joven e infante que deambula sin futuro; en la violencia e inseguridad que se manifiesta a diferentes niveles de vida cotidiana.

No hay duda que la sociedad de nuestra época ha entrado en un estado exacerbado de deterioro moral, político, económico y cultural, que hace pensar si no estamos viviendo las mismas frustraciones y los mismos hechos y en algunos casos, luchamos contra los mismos oscurantismos que sufrieron los hombres y mujeres de los últimos siglos. Afrontamos problemas en las mismas circunstancias, solo que ahora matizamos con el avance científico-tecnológico que es capaz de situarnos en las más inconcebibles situaciones para contemplar aterradas las atrocidades de una guerra; o vivir aterrorizados con los sucesivos actos delictivos

y asesinatos realizados incluso por quienes tienen en sus manos la seguridad de los ciudadanos.

De pronto nos vemos inmersos en una sociedad materializada, consumista, sin conciencia de sí y no nos dimos cuenta en que momento se perdió el horizonte de la solidaridad, del pensamiento límpido, lúcido, que analizaba los fenómenos y criticaba los hechos; se perdió el horizonte que guiaba el pensamiento de aquellos hombres y mujeres que enarbolaron la bandera de la dignidad, de la justicia y de la razón. La diferencia social y el egoísmo es lo que se ha colectivizado y poco importa que la sociedad se consuma.

Toda sociedad se estructura y se define por un sistema de normas y valores que regula el comportamiento en la vida social. Alrededor de este sistema giran también las expectativas y posibilidades de realización humana. El caso de la sociedad costarricense ha sido sin duda privilegiada pues como decía antes, a pesar de las contradicciones propias que se generan en toda sociedad definida por la presencia de clases, habíamos contado, por lo menos en los últimos treinta años, con un amplio margen de democratización, de libertades ciudadanas, de redistribución de la riqueza social.

Ha habido un momento en la historia del país en que la globalización ideológica del mundo desarrollado nos ha envuelto en una naturaleza para transformarnos en un apéndice de esa sociedad desarrollada, por lo menos en algún aspecto de su dimensión cultural. Actualmente el sueño que viven muchos individuos en el sentido del logro que es lo mismo que identificarse con el éxito, las buenas pagas, la satisfacción de los gustos, la competencia y el buen vivir, aún cuando en el plano de la vida social se agudicen las contradicciones de un sistema que se nutre de la pobreza de las masas, del deterioro moral y de las desigualdades sociales.

Difícilmente se observan posiciones que defienden el pensamiento crítico, la reflexión humanista, la solidaridad y el compromiso; la lealtad y la fraternidad son remembranzas de un pasado glorioso donde la razón tenía mucho que decir. Ahora se trata de vivir para ganar y ganar mucho y en poco tiempo; se trata de asumir una vida fácil y sin compromisos; si

eso existe es para hacer apologías al orden existente, la ideología de la apologética directa del capitalismo monopolista, dice Lukacs, se ve obligada a operar con los recursos de un cinismo hipócrita; a reprimir toda libertad de los pueblos en nombre de la libertad y la democracia; a preparar y liberar las guerras bajo el manto de asegurar la paz. Ese es el compromiso que respiran las generaciones actuales, inspirados en los propagandistas innatos del neoliberalismo actual (Lukacs, 1976).

¿Cómo vimos los costarricenses ese tipo de sociedad cuyo torrente masificador, insensato e indiferente nos envuelve a todos? ¿Qué hacer frente a ese exacerbado afán adquisitivo, acompañado de una indiferencia política para buscar solución a los hechos fundamentales de la sociedad? ¿No será ese el origen de los comportamientos desenfrenados, la violencia y la agresividad frente a las expectativas frustradas y las falsas ilusiones creadas que hacen que la vida social no se oriente por la vía en que las posibilidades de realización individual se vean satisfechas?

No hay duda de que al no existir estas posibilidades, el espíritu de solidaridad, nacido de un sistema de valores y normas que orientan el comportamiento colectivo, ha perdido su razón de ser y los individuos no encuentran respuesta en el individualismo de las relaciones sociales que rigen este mundo materializado. Hay una incongruencia entre los valores y normas de la sociedad y las expectativas fijadas, que no pueden cumplirse; el resultado es la frustración, la apatía, la inseguridad y obviamente un estado generalizado de agresividad.

A esta situación se le puede considerar de anomia, lo cual es alarmante en la medida que no se percibe, al menos a corto plazo, una voluntad política para detenerla.

La imagen idealizada de la sociedad tranquila y pacífica, democrática e igualitaria sigue revoloteando en los espacios del poder y se canaliza a través de diversas maneras a la psi-

cología colectiva. Tal concepción solo puede beneficiar a quienes disfrutan privilegiadamente de la riqueza social, incluyendo el poder. Desmistificar este tipo de sociedad es el primer paso para asumir un compromiso. La solución a los múltiples problemas hay que buscarla de manera colectiva. Solamente asumiendo la responsabilidad política para responder a las necesidades y expectativas de los sectores más vulnerables y más expuestos, podremos estar en capacidad de recuperar los valores perdidos. Esta responsabilidad civil no puede dejarse en manos de quienes tienen el poder. Su transitoriedad y sus intereses se encaminan en otro sentido. Cabe más bien buscar el trabajo conjunto de quienes en diferentes ámbitos de la vida social tenemos la responsabilidad de buscar soluciones para el bienestar común.

BIBLIOGRAFIA

- Garnier Leonardo y otros. *Costa Rica entre la ilusión y la esperanza: una alternativa para el desarrollo*. Ediciones Guayacán, 1era. edición. San José, Costa Rica, 1991.
- Gudmundson, Lowell *Estratificación socio-racial y económica de Costa Rica. 1750-1850*. San José, Costa Rica: EUNED, 1981.
- Lukacs, George. *El asalto a la razón*. Barcelona, España, Grijalbo, 1976.
- Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. (Encuesta de Hogares).
- Romero, Mayra C. "Política crediticia para el pequeño productor". Tesis de Maestría en Sociología Rural. UCR. 1983.
- Vega Carballo, Jorge L. *Poder político y democracia en Costa Rica*. Ed. Porvenir, San José, C.R., 1983.

Mayra Romero
Escuela de Antropología y Sociología
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Costa Rica
San José, Costa Rica